

se contempla la verdad pura y se ve á Dios y las cosas en sus razones divinas.

Resultará de esta práctica que aprovecharéis más el tiempo en la oración; que tendréis más delicadeza con Dios, cumpliréis más decorosamente los deberes de la amistad y seréis menos egoístas; porque almas hay que jamás dicen á nuestro Señor una palabra tocante á Él, que le saludan apenas, ningún homenaje le rinden, ocupadas por entero en sus propias necesidades, presentándose únicamente para mendigar al punto, y desde la puerta. ¡Vosotros sed hijos, amad y conversad!

Complaceréis á nuestro Señor hablándole de Él, tratando algo de sus intereses; así tocaréis en su Corazón, como aquel leproso que, de diez, fué el único que volvió á darle las gracias por su curación, y al cual alaba por haber glorificado á Dios. Este pobre leproso es un ejemplo de amor positivo en la oración: veamos cuán sensible se mostró el Señor para con Él. ¡Pues vosotros también glorificad á Dios!



LA ORACIÓN

Don de nuestro corazón.

HEMOS dicho que la meditación es el homenaje del hombre y de todas sus facultades á Dios y la santificación del hombre por Dios; ya vimos de qué manera habría de conducirse en ella la mente; hablemos ahora del corazón.

I. La mente se asemeja en su oficio á la aguja que introduce el hilo en el tejido para en él figurar el bordado; primero entra la aguja y lleva el hilo, pero el hilo se queda solo. Lo mismo pasa con el afecto del corazón; el cual afecto debe permanecer y si de tanta excitación es objeto la inteligencia, no es sino para calentar y mover el corazón por los motivos de fe y amor más capaces de conmoverle, pues el corazón sigue y abraza lo que la mente estima y le señala como bueno.

Por consiguiente, es necesario que el afecto se halle en relación con la reflexión, de la cual sea consecuencia natural y á modo de complemento; algo así como despliegue y florecencia. Basta un escaso número de pensamientos para una buena

meditación; y así como el afecto debe apoderarse del pensamiento bien concebido y reflexionado, retenerlo, complementarlo, extenderlo y nutrirse de él, el pensamiento debe pasar sin esfuerzo desde la mente al corazón. Precaveos de entablar una lucha y de zamarrear á vuestra alma en muchas opuestas direcciones, ni deis á rumiar á vuestro corazón sino los pensamientos pesados ya y masticados por vuestra mente, y contentándoos con desarrollar en el corazón el pensamiento que ya estaba en vuestra mente, convertido sencillamente en afecto.

Nazca, pues, del pensamiento el afecto con toda naturalidad, y sea conforme á la naturaleza de nuestro corazón; amemos á Dios en la oración como amamos á los que debemos amar; amemos con nuestro corazón, en conformidad con su naturaleza, fuerza y vida, más ó menos arduosamente ó con mayor ó menor ternura; pues el tiempo, la edad, las circunstancias modifican indefinidamente nuestro corazón y la gracia sabe conformarse con el temperamento de cada uno; supuesto que no es el temperamento ni la naturaleza lo que Dios quiere que destruyamos en nosotros, sino el pecado y las inclinaciones y los hábitos que de él se originan.

II. El afecto debe dejar de ser natural, esto es, conforme con nuestra naturaleza individual, por cuanto que en nosotros lo formamos, para convertirse en sobrenatural por su unión con la gracia divina, que lo eleva y purifica, y por su correspondencia con los movimientos del Espíritu Santo.

Tres maneras hay de sobrenaturalizar el afecto, unirlo á la luz de la gracia actual, suscitada en nosotros por el Espíritu Santo; dejarle seguir la moción

del Espíritu Santo en nosotros; y cuando no se sienta ni el llamamiento, ni la moción interior de la gracia, es menester sobrenaturalizar el propio afecto por medio de la aceptación y ofrenda del estado en que uno se halla. — ¿Nada sentís? Confesad entonces dentro del corazón vuestra miseria y parálisis, vuestra impotencia, y también vuestros pecados; así esta confesión del corazón humillado, que sustituirá á más suaves y levantados afectos, será acogida por Dios, que es el que envía esa impotencia para desasiros de las reflexiones á que quizá os adheriais demasiado. Os echa en tierra y os aridece para impedir que os extraviéis en el amor propio, pues aunque la inclinación de Dios sería estrecharnos contra su Corazón, nuestro bien exige que nos tenga bajo sus pies y que nos desocupe el corazón de todo sentimiento de amor.

En ese estado, humillad vuestro corazón hasta que nuevamente sea visitado por la gracia.

Es menester que el afecto descienda de lo general á lo particular y que se acomode á saborear el amor de Dios especial y particular para vos en el misterio que la mente le presenta. — Si habéis admirado la inefable presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, exclamad ahora en vuestro corazón: «¡Oh qué bueno sois permaneciendo ahí para mí!» Colocad el corazón delante de los beneficios personales que Dios os ha otorgado y enseñadle que todo en la vida y en los sufrimientos, en el amor y en la muerte de Jesucristo, todo es para vosotros, para vosotros únicamente; con lo cual, consumiéndose á vista de la hoguera del amor de su Dios, exclamará arrobado vuestro corazón: «¡Me ha amado, me ha amado!» Y el resumen de este amor se comprenderá en esta palabra;

«¿Quién podrá en adelante separarme de Aquel que me ha amado y á quien amo?»

Dije que no se necesitaba meditar mucho para llegar al afecto; aunque en este punto hay que precaverse contra la pereza, pues la mente es perezosa cuando se trata de la gracia; así es que no hay que permitirle pasar por la reflexión con excesiva facilidad, pues haría de buen grado lo que el tribuno Félix quien, temeroso de que San Pablo le iluminase con una verdad que aquél no quería comprender, despidió al Apóstol diciendo: «Otro día te escucharemos.»

No aplicarse el ánimo á meditar seriamente, pretextando conocer sus deberes desde mucho tiempo atrás, es un signo evidente de pereza; pues debe tenerse entendido que toda virtud que no sea consecuencia de la reflexión, no dura cuando la convicción no la sostiene, pues en tanto que los sentimientos transitan, van y vienen, únicamente la verdad es estable.

Con todo, como en ninguna cosa se debe exagerar, si á nuestro Señor pluguiese transportarnos sin dilación al afecto, seguidle, pues habrá hecho por sí mismo vuestro trabajo preparatorio.

Y de análoga manera, cuando vuestra mente no basta á enardeceros, necesitáis tomar un libro, pues aunque hay almas que poseen el raro don de amar tanto que baste con sus solas fuerzas para la meditación, hay que convenir en que son muy pocas.— Mas no creáis que con tomar un libro lo habéis hecho todo, pues hay que acomodar lo que dice á vuestras gracias y necesidades. Ningún libro contiene lo que conviene exactamente á cada uno, pues las gracias tienen infinita variedad y no hay una que

sea idéntica á otra. El mejor libro es el que la obediencia da, aunque con el bien entendido de que si hoy os es suficiente, mañana nada os dirá, pues ninguno basta para siempre. Vosotros mismos sois el libro que constantemente debéis abrir; aparte de que cuando se tiene buena voluntad, todos los libros son buenos, si bien hemos de precavernos contra el deseo de que nos den hecho el trabajo, antes por el contrario, amemos con nuestro propio corazón y con la gracia que el Espíritu Santo fomenta en nosotros.





LA ORACION

Don de la voluntad.

LA oración es nuestra santificación por Dios; así es que debe producir la reforma de las costumbres, que es el fin inmediato de aquélla, su consecuencia práctica y necesaria tendencia. Sobre todo en esta materia no olvidemos que «no poseerán el reino de los cielos los que dicen: «Señor, Señor,» sino los que fielmente ejecutan la voluntad del Padre que está en los cielos.»

Mas ¿qué hay que hacer para corregirse? ¿Qué medios adoptar? ¿Qué reglas hay que seguir?

Arte de artes es esta ciencia, y más difícil que la de regir y santificar almas, pues no es obra para todos el ofrecer buenos principios y reglas seguras. ¡Cuántas almas hay sumergiéndose en el mundo y en su espíritu que llegarían á ser heroicas en santidad, si estuviesen bien dirigidas!—Mas se las deja entre los medios ineficaces, y viven al día, caminando paso á paso, sin progresión, porque desconocen los grandes principios que se aplican á todo y mueven á dar pasos agigantados.

008945

El principio fundamental es que la santificación de un alma debe realizarse en conformidad con su naturaleza y gracia particular, no porque la gracia dependa de la naturaleza y le esté subordinada, sino porque la gracia no trabaja sino sobre la naturaleza, que es la materia de sus operaciones: por eso hay que asociarla á la gracia y tenerla en consideración. Sin embargo, es menester graduar el modo de santificación en vista de la gracia, á la cual, en último extremo, hay que ajustar las reglas prácticas de que se quiera hacer uso para dirigir el alma por la santidad.

Sírvannos de ejemplo dos hombres, el uno de los cuales no tiene más que su gracia de conversión, mientras el otro, que ya hace mucho tiempo que pertenece á Dios, es atraído á la santidad.

I. Al convertido hay que moverle á hacer oraciones de conversión que ataquen el mal directamente, que luchen y combatan en plena guerra.

Al hombre de los sentidos, al impúdico, comenzad mostrándole las infelices consecuencias de su estado en orden á la salvación eterna; ponidle frente á frente de los castigos sobrenaturales, de las prostrimerías, de la muerte, del juicio, del infierno que merece, del cielo que él mismo se cierra, de la ira de Dios, de su justicia que hay que vindicar; hacedle sentir los tormentos de su conciencia y escuchar los gritos del remordimiento: ésta ha de ser su oración. Mantenedle aquí, y no penséis en convertirle manifestándole únicamente las consecuencias de sus faltas como perjudiciales para lo temporal y natural, como frecuentemente se hace ahora, pues esto equivale á corregir un vicio por medio de otro, é indica carencia de fe en el poder sobrenatural de la gracia.

El fruto de sus meditaciones, la conclusión práctica será el conducirse severamente y como un enemigo declarado de sus pasiones, las cuales tienen asiento en los sentidos y en el cuerpo; pero como el cuerpo nada entiende de razones ni de consideraciones, se requiere echar mano de la fuerza bruta contra él. —Tentado San Pablo, ora al Señor, pero esto no basta; la rebelión continúa excitando su carne, y entonces, para someterla, azótala y la castiga: *castigo corpus meum*.

El que tiene un esclavo, ha dicho un proverbio, y lo trata con dulzura, verá que rebelársele procura: *Senties contumacem*.

En la lucha contra la carne es donde el reino de Dios pide que se emplee la violencia; hay que usar de la fuerza contra los sentidos, y dominar el cuerpo con los golpes: ésta es la sola razón que le conviene. Claro está que se necesita no infringir las reglas de la prudencia; pero el fijar esas reglas toca á los que nos dirigen, y no á nosotros mismos, porque, pese á esa prudencia, ciertas pasiones hay contra las que es forzoso luchar mucho tiempo sin tregua ni merced, pues aunque llegara el trance de sucumbir por cansancio en este campo de batalla y de dejar en él un poco de la vida, en esto no hay mal alguno.

Admírase la dulzura de los hombres mortificados, los cuales, aunque para los demás son suaves, no lo son consigo mismos, y no han logrado esta semejanza con Jesucristo sino por la mortificación y el azote; porque un Santo no es sino un soldado de Jesucristo que ha sostenido trabajos, fatigas y sangrientas luchas cuyos resultados se ven en las cicatrices con que se muestra.

Y como todo cristiano es lanzado á la pelea para

combatir primero consigo mismo y contra el mundo que en él y fuera de él se halla, *militia est vita hominis super terram*, todo esto reclama el empleo de la fuerza.

Nuestro Señor se muestra dulce y tierno al principio, pues sólo caricias tiene para la infancia de la vida espiritual; pero á los que quieren amarle, pronto los conduce al combate; su gracia es la miel en la boca del león: comienza en dulzura y acaba en fuerza; después de las caricias de su ternura, los golpes de su mortificación: es dulce y violento á la vez.

Si no podéis aliar, como él hace, la dulzura con el odio al mal, quedaos con este último y revestíos de fuerza, que se necesita mucho más.

Sin razón se moteja á los convertidos de austeros, rudos y severos, diciendo: «¡Cuidado que es duro!» ¿Cómo ha de ser? Ocupado en golpearse, escápansele algunos golpes que van á dar al vecino: hay que dispensar esto á la necesidad en que se encuentra de ser violento consigo: su tentación es la impaciencia.

Ahí tenéis la manera de efectuar la reforma de las pasiones que residen en los sentidos externos.

Si se trata de desarraigar del corazón un pecado, es diferente la táctica, porque tan delicado y sensible es el corazón como ciego y brutal el cuerpo. El corazón es todo afecto; se entrega, posee y es poseído por amor, obrando únicamente por simpatía. Es necesario retirarle su ídolo, cambiar su afecto, separar de su simpatía el corazón.

En su oración deberá considerar la nada de lo que adora, la vanidad de lo que ama y la vergüenza misma de su estado. Enfrente de los ídolos que se tiene

creados, ponéle la belleza del Bien increado; pero cuidad muchísimo de no retirarle jamás lo que ya ha visto, sin darle al mismo tiempo otro objeto para su amor, más hermoso, más digno y más suave que el primero. No puede quedar vacío; no le quitéis el mundo sino para darle á Dios; es menester que se aficione y ame; en eso consisten su esencia y naturaleza; por manera, que si le dejáis solo y desocupado, se volverá en seguida á su primer amor: dadle, dadle á Dios, amor de los amores, á Jesucristo, su Salvador, infinitamente bueno y amable infinitamente.

Las personas en quienes predomina el corazón tienen que ser regidas é instruidas en orden al corazón; hay que hacerles sentir blandamente su desdicha, y darles á entrever la ventura de unirse á Dios y de amarle.—No las sacudáis demasiado, pues pudierais quebrantarlas; usad hasta de ternura, pero tampoco os dejéis coger de ellas. ¡Mucho cuidado! Sabed que se inclinan á poner su apego en vosotros, cosa que no permitiréis, sin por eso rechazarlas ni alejarlas demasiado bruscamente; pues para comenzar es conveniente poner un poquito de bálsamo sobre el corazón. Apiadaos del corazón y nunca lo desechéis.

Así, pues, el procedimiento para la reforma del corazón consiste en persuadirle, con argumentos sacados de su pena y de su estado infeliz, en moverle á sentir rectamente, en mostrarle un bien mayor, una dicha más pura y perfecta, y, por último, en reemplazar su afecto á la criatura por el amor al Criador.

Pero si el alma, viendo su mal estado, reconociéndolo y declarándolo, titubea, se rodea de pretextos,

carece de valor para librarse, arrebatadla valerosamente; arrancadla sin dudar, hasta con violencia, si es preciso, porque camina á perderse. Urge arrancarla sin demora al peligro, y para eso no se necesita permiso, pues la inminencia del peligro es razón más que suficiente.

Con respecto á la mente hay que observar distinta conducta; pues mientras que el corazón se rinde al sentimiento, quiere la mente convencerse por razones, y sólo se supedita á la evidencia. Presentadle, pues, razones, aunque se requiere mucho tiempo para convertirla, y es difícil y raro conseguirlo por completo, sobre todo tratándose del orgullo.

Fórmese, por lo tanto, esta meditación de razón y de luz; iluminad intensamente para que sea viva la impresión que se produzca; convenced de sus yerros á vuestra mente; mostradle la injusticia del pecado, la fealdad y deformidad de éste, y el mal que obra contra Dios; imitad á San Ambrosio, cuando á Teodosio, que excusaba su falta con el ejemplo de David, Rey pecador también, le respondía: «Si le has imitado en su crimen, imítale también en su penitencia.» He aquí la razón, la evidencia que convence y á la que nada cabe objetar. Obrad de esta manera para convertir y reformar vuestra mente, que, convencida de sus faltas, la luz la obligará á someterse.

II.—Cuanto acabamos de decir respecta á los penitentes, á los que salen del mundo y del pecado; pues es distinto el camino que ha de seguirse en la reforma de costumbres de los que pertenecen á Dios por la fe y la caridad; cierto que por una caridad más ó menos intensa, pero que, como quiera que

sea, hállanse en vías de salvación: tal camino está representado sobre todo por la adquisición de las virtudes cristianas, mucho más que por la destrucción del pecado. ¿De qué manera habrá que conducirse en la práctica?

Dos maneras hay, buenas ambas, y cabe emplear una ú otra conforme al atractivo de la gracia. Por la primera, quiere enérgicamente el alma llegar á la virtud, cuyo bien moral, decoro y hermosura percibe por completo; ve que la virtud conviene al cristiano y que la falta de celo por las virtudes cristianas arriesga su salvación; que la práctica del cristianismo perfecto produce frutos innumerables, aun en esta vida, aunque sobre todos está el fruto de la vida eterna. Como esta vida inflama su deseo, trabaja de día en día y hora tras hora, subiendo de grado en grado; alientanla sus progresos, que ella nota, y sostiénese con esto para trabajar más fielmente: este sin duda es un buen método, apto para conducir hacia la santidad.

Con que entonces, vosotros que sois religiosos, atareaos primeramente en practicar las virtudes de vuestro estado: la pobreza, la castidad, la obediencia, que son las virtudes esenciales en vuestro estado; antes que nada habéis de hacer las cosas que atañen á vuestro oficio. Por lo demás, como todas las virtudes son hermanas, una sola que se practique bien y sea excelente, atraerá á las restantes y hará fácil su ejercicio. Escoged la virtud más necesaria á vuestro estado, á vuestra necesidad, comenzando por acudir á la más apremiante y sin olvidar un momento la fiel observancia de las virtudes que son vuestra norma y esencial deber, pues más adelante podréis agenciar las virtudes de consejo,

Veis, pues, que trabajar en provecho de la virtud y por la recompensa que la sigue, así como por el resultado que da, es un principio saludable, un provechoso método que puede seguirse para la reforma de la vida y en el trabajo de que ha de ser objeto la voluntad; pero hay otro más excelente, y consiste en trabajar por amor, en no querer sino una cosa: amar, y en esta sola cosa querer todo lo restante.

No se trata ahora de adquirir virtudes ni de recoger frutos de santidad, sino de amar, de querer á Dios sobre todo, en todo, y todo quererlo por amor á Él. No se trata más que de penetrarse de esta verdad y de convencerse de este principio: es necesario amarle y santificarse por amor á Él. Amar: aquí tenéis el principio, el punto de partida y el fin; se adoptarán los medios, pero únicamente para aplicar ese principio y lograr dicho fin de amor. El primer método procede por análisis en la adquisición de las virtudes; mas éste, por síntesis. Aplíquese este gran principio de amor en proporción á las necesidades y á los progresos de la gracia: lo que interesa es establecerlo bien desde los comienzos, partir de él y seguirle en todo, teniéndole como faro é hilo conductor.

Por lo demás, es un principio que corresponde admirablemente á nuestra naturaleza y á la gracia de Dios en nosotros.—Somos hijos del hombre, y sabido es que ante todo procura la madre encender en su hijo la llama del amor, con lo que luego le pide los sacrificios de la obediencia y sumisión, del estudio y, en una palabra, los sacrificios todos de la educación exígeselos, fundándose en el amor que á ese hijo tiene y que por tantas maneras le ha manifestado, para que sean como pruebas del reconocimiento y afecto del corazón de su hijo, el cual, si

es bien nacido, comprende aquel lenguaje y llega por amor filial á realizar heroicidades.

Pero también somos hijos de Dios, y en este concepto hemos recibido en el bautismo el espíritu de adopción de hijos, que consiste en el don y el hábito del amor; pues el Espíritu Santo, amor substancial y subsistente, reside en nosotros, llena nuestras facultades y nuestra alma disponiéndolas al amor por hábito y estado y excitándolas por sus movimientos á los actos del amor. Más aún que nuestra alma misma, el Espíritu Santo es quien está en ella, envolviéndola, elevándola, sobrenaturalizándola y transformándola en Él, que es amor, y amor esencial.—El amor es lo mismo que la gracia, por lo cual el espíritu de la gracia es el de amor; así es que el movimiento y la aptitud de la gracia están en obrar por amor, ya que todo ser obra según su naturaleza.

¿Comprendéis por completo cuán fielmente corresponde ese principio de amor á lo que en nosotros hay más íntimo, á nuestra naturaleza y á nuestra gracia de hijos de Adán é hijos de Dios? ¿Por qué entonces no partir del amor de Dios al marchar hacia las virtudes? Ea, pues, arranquemos de allí, que es donde está nuestra fuerza.

En la aplicación y en la práctica, ese amor tomará todas las formas de las virtudes, pues dice Santo Tomás que la perfección reside esencialmente en el amor, y según San Agustín, todas las virtudes se reducen á amar: lo mismo, antes que él, decía San Pablo, así como luego el Doctor Angélico añadía: «No es otra cosa ser perfecto sino amar suficientemente para separar cuantos obstáculos se oponen á nuestra unión con Dios, fin de toda perfección.» Entonces el amor vuélvese castidad, pobreza, obe-

diencia, paciencia, dulzura y humildad, sin que en todo esto se pretenda más que una sola cosa: amar, realizar un acto de amor, destruir un obstáculo que hay para el amor, ó favorecer el amor y la unión con Dios. ¡Admirable unidad y único punto de partida, principio luminoso, fuerza tanto mayor cuanto es más reconcentrada; punto de vista siempre el mismo, sin división, sin distracción de la fuerza, de la atención, del corazón ni del alma!

Observad, por último, que Nuestro Señor no vino al mundo sino para hacer que se amase á su Padre, de cuya belleza era figura, y que en último resultado una sola cosa nos recomienda: amarle sobre todo, y por Él todo lo demás. Este es el resumen de su doctrina: «Permaneced en mi amor.» *Manete in dilectione mea.*

Ese estado es el que pide: el único que recomienda como estado, como hábito, porque no es otro el centro, de toda la vida cristiana y sobrenatural, y desde el centro fácil y ciertamente se va á la circunferencia, porque sobre todos los puntos se hallan radios.

Por lo cual os aconsejo que os fundéis perfectamente sobre este principio, y lo erijáis en punto de arranque para la reforma de vuestra vida y para el trabajo de las virtudes y de la santidad; supuesto que (y así terminaremos en conformidad con lo que decíamos al principio) la reforma de las costumbres, la santificación de la vida, la adquisición de la santidad de Jesucristo es el fin de la oración y de la vida religiosa: *Estote perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est.*



¿ME AMA DIOS?

POcas veces se hace uno esta pregunta, y no se hace bien en ello; porque si es bueno interrogarse acerca de si se ama á Dios, también es muy provechoso convencerse de que Dios nos ama.

1. ¡Sí, Dios nos ama! Nos ama con amor eterno, sin principio ni fin, ni sucesión, ni alternativas; en su amor somos eternos. Desde siglos y siglos eternos, antes que nosotros fuésemos, Dios nos había concebido en su pensamiento y querido en sus decretos, y estos pensamientos y decretos eran de amor!

¡Ah! Nunca le amaremos como nos ha amado; pues aunque dilatemos nuestro amor, le extendamos y llevemos más allá de todos los límites, siempre le debemos reconocimiento, continuamente le seremos deudores de amor. ¡Ay! ¡Ni siquiera le amamos durante los pocos instantes de esta vida que nos deja para mostrarle libremente nuestro reconocimiento, mientras que Él, sí, Él nos ha amado durante toda la eternidad! Ahí tenéis la causa de aquellas inconsolables lágrimas de los Santos en la tierra; porque si apenas basta el presente para res-